

probaban las producciones del arte moderno: los *doctos* condenaban acaso el calor de los primeros, mientras aprobaban el exclusivismo de los segundos. Triunfaron los comentadores sin embargo en tan ruda lid literaria; y *doctos* y *preceptistas* hubieron de sucumbir, enmudeciendo en medio de aquella algazara de encomios y denuestos.—Tal era el camino que llevaba la crítica entre los eruditos, únicos que hubieran podido ejercitarla con provecho de la historia literaria, pues sólo ellos se hallaban dotados de erudición bastante para dar cima á semejante empresa.

## IV.

Pero ya vá arriba indicado: si la crítica habia muerto á manos de los comentadores, lo cual acontecia tambien en otros pueblos de Europa,—merced al estado político y social de las Españas que fomentaba en vario sentido el desarrollo de los estudios históricos, los cuales debian al cabo refluir en beneficio de la general cultura, salian á la luz del dia desconocidos tesoros de la literatura patria<sup>1</sup>; aquella literatura, que habia nacido al grito de independencia y libertad, y que, aun hecha erudita, reflejaba profundamente las costumbres y creencias del pueblo castellano.

<sup>1</sup> Entre otros escritores notables, cuyos trabajos fueron de grande efecto en el sentido de la investigación histórico-literaria, merecen llamar la atención de la crítica don fray Prudencio de Sandoval (*Fundaciones de San Benito y Crónica de cinco obispos*), el diligente Yepes (*Historia general de la Congregación de San Benito*), el entendido Berganza (*Antigüedades de España*), el laborioso Gil Gonzalez Dávila (*Teatro Eclesiástico de las Iglesias de España*), y otros no menos diligentes. Apuntes biográficos, fragmentos de crónicas y de leyendas, trozos de poesías primitivas, ya populares, ya eruditas, noticias de libros y de códices de la edad media, todo aparece en estos cultivadores de la historia patria, recogido y acopiado con el anhelo de la erudición y aun de la verdad; pero todo muy distante de un fin realmente crítico, constituyendo por tanto confuso arsenal literario, adonde podian con el tiempo acudir los doctos, para echar los fundamentos á la historia de la literatura española. La obra empezada en el siglo XVI por los historiadores y los arqueólogos, era seguida con ardor por los cronistas é historiadores del siglo XVII: no estaba pues distante el momento en que pudieran recibir su primera forma literaria todos aquellos elementos de la pasada cultura española.

Mientras extraviada y sin norte, adonde volver sus miradas, se perdía la crítica docta en el oscuro laberinto de los comentarios, ibanse en efecto acopiando poco á poco los materiales que debian contribuir á mediados del siglo XVII á producir dos obras dignas de todo elogio, que emulasen, y aun aventajaran bajo cierto punto de vista, á las de igual naturaleza existentes á la sazón en el extranjero. Hablamos de las *Bibliotecas* de don Nicolás Antonio, el más sabio y diligente escritor de su tiempo.

Este infatigable investigador de las cosas pasadas, que pertenecía por el carácter de sus estudios á la escuela sevillana, si bien habia pasado su juventud en Salamanca, conoció en medio de la corrupcion y decadencia de las artes y de las letras, que debia ya la crítica literaria salir del estrecho é infecundo recinto de los comentarios para penetrar en el ancho campo de las investigaciones históricas, reconociendo las obras de todos géneros que habia producido la edad media, no sólo entre los cristianos y los hebreos que moraban en el territorio de Aragon, Navarra, Portugal y Castilla, sino tambien entre los musulmanes, que habian poseído largo tiempo aquellas afortunadas regiones, en que floreció un dia el génio de los Sénecas y Lucanos, de los Silios y Columelas.

Laudable en todos tiempos, y mucho más en una época de decadencia literaria, habia menester este propósito de largas y penosas vigiliias, de meditacion profunda, y sobre todo de método severo en los estudios, para lograr el éxito apetecido. Si don Nicolás Antonio llenó estas condiciones, dígalola *Bibliotheca Nova*, dada á la estampa en 1662, pues no sólo manifestó en ella haber aprovechado hábilmente las noticias por otros allegadas, sino que habia reconocido numerosos é importantes archivos, para sacar á luz los ignorados nombres de muchos y muy claros varones. Fué coronado este trabajo hercúleo, valiéndonos de la bella expresion del Cardenal Aguirre<sup>1</sup>, con la formacion de la *Bibliotheca Vetus*,

<sup>1</sup> Tanta voluminum accessione et pertinaci studio tot annorum in urbe, ultra illos quos in Hispania duxerat tandem elaboravit integrum opus, vere Herculeum, Bibliothecae Hispaniae quator voluminibus in folio, ut aiunt, compressum (Edición de Roma, 1693).

que completaba el laudable pensamiento de hacer familiares á los escritores eruditos los nombres de los preclaros ingenios que desde la Era de Augusto habian ilustrado ambas Españas. Ni desplegó menor diligencia don Nicolás Antonio en esta *Bibliotheca* que en la *Nova*, si bien fueron mayores los obstáculos que hubo de vencer para dar cima á su proyecto. Poseyó pues la literatura española dos obras colosales de que antes carecia, y el nombre del sevillano don Nicolás Antonio adquirió los más brillantes títulos al reconocimiento y á la estimacion de sus compatriotas.

Pero ¿cuál fué el efecto de tan árduas tareas? ¿Logró acaso conjurar la ruina á que caminaban las letras en su tiempo? ¿Reveló su crítica el carácter del genio literario de España en la antigüedad clásica? ¿Sorprendió acaso el espíritu de la literatura de la edad media y dió á conocer los elementos diversos que le habian dado vida? Tales son en verdad las más importantes cuestiones que nacen espontáneamente del exámen de ambas *Bibliothecas*. Mas necesario es para resolverlas no perder de vista la índole natural de aquel linaje de obras, donde no es posible en modo alguno levantarse hasta la esfera de la abstraccion filosófica, y donde la cuestion de crítica, con el ordenamiento sucesivo de las ideas, se halla sometida de continuo á la cuestion de método. Forzaba pues en la *Bibliotheca Nova* la division de cada artículo al docto sevillano, cuya infatigable erudicion aspiraba por otra parte á cosechar todos los campos de las letras y de las ciencias, no perdonadas las diversas manifestaciones filológicas, á presentar la noticia y la doctrina de un modo irregular é incompleto. Para obviar este inconveniente, pensó formar en la *Vetus* grandes grupos de escritores, dándolos á conocer en ordenada série de capítulos; pero mezclados indistintamente poetas é historiadores, oradores y moralistas, naturalistas y filósofos, teólogos y escriturarios, cronistas y astrónomos, novelistas y médicos, genealogistas y expositores, oradores sagrados y escritores de música ó de veterinaria, ni le fué posible revelar en medio de aquel singular, aunque grandioso desconcierto, el espíritu y carácter del ingenio español en las distintas épocas comprendidas desde la Era de Augusto hasta el siglo XVI, ni alcanzó en consecuencia á señalar, por me-

dio de las letras, el progresivo desarrollo de la civilizacion española.

Don Nicolás Antonio no podia pues aparecer en la liza literaria ni con la empresa del reformador, ni con la bandera del filósofo. Eran sus trabajos esencialmente eruditos; y como los principios literarios que habian formado su gusto, tenian por fundamento y norte la autoridad aristotélica, sólo le fué dado admitir las producciones del primitivo arte español como otros tantos monumentos históricos que contribuian, cuando más, á determinar, bien que no con la claridad apetecida ni el orden riguroso de los tiempos, los adelantamientos del lenguaje. No le culpemos, sin embargo, por lo que no hizo ni le era posible hacer tampoco en medio del trastorno y corrupcion de las letras: don Nicolás Antonio no escribió para la muchedumbre de los que contribuian, desvanecidos ó ignorantes, á llevarlas al despeñadero: sus tareas tenian por objeto el presentar á la vista de Europa, como en rico arsenal y bosquejo las glorias literarias y científicas de España, y el conservar á la posteridad aquellos venerables nombres que á no brillar su infatigable pluma, habrian quizá dormido para siempre en el desprecio y el olvido. Hé aquí pues el laudable propósito y el merecido triunfo de don Nicolás Antonio.

Sus Bibliotecas fueron, no obstante, las dos primeras obras en que con deliberado intento se tomaron en cuenta las creaciones del primitivo arte español; y aunque la erudicion del siglo XIX encuentra notables errores y grandes lagunas en muchas épocas, y no puede la crítica de nuestros dias conformarse siempre con los juicios de tan docto sevillano, todavia la erudicion y la crítica admiran y respetan su laboriosidad prodigiosa, disculpándole de aquella escasez é inexactitud de noticias y de aquella falta de orden y de profundidad, al considerar la época de triste decadencia en que dió á luz tan apreciables producciones.

Y no faltaron por cierto escritores que la personificaran respecto de la crítica. Coetáneo de don Nicolás Antonio, docto á la manera de aquel tiempo, fué en efecto el renombrado Baltasar Gracian, ingenio privilegiado, cuyas brillantes dotes oscureció á sabiendas, intentando realizar, respecto de la idea, mayor revolucion que la llevada á cabo por Góngora y sus sectarios respecto

de las formas del lenguaje. Habían cubierto los comentaristas, según tuvimos arriba ocasión de advertir, bajo el manto de la autoridad aristotélica y santificado con los ejemplos toscanos y latinos, los extravíos del gran poeta de Córdoba: Gracian, dotado de un espíritu rebelde é hijo al par del culteranismo de Góngora y del equivoquismo de Quevedo, no pudo reprimir la fatal tentación de ser doblemente hereje; y dominado de este impulso protestó al mismo tiempo contra la autoridad y contra la doctrina. Su *Agudeza y Arte de ingenio*, obra publicada con el nombre de su hermano Lorenzo, era la realización de esta idea: la agudeza fué para él la única fuente, el único medio, la única guía y término del arte. La agudeza era en su concepto «pasto del alma:» la sutileza «alimento del espíritu.» El entendimiento, sin agudeza ni conceptos, era «sol sin luz y sin rayos:» las obras del ingenio «cuerpos vivos, con almas conceptuosas:» sin ellas, sólo «cadáveres que yacían en sepulcros de polvo, comidos de la polilla»<sup>1</sup>.

No otros eran pues los dogmas sobre que se propuso Gracian fundar su *Arte de ingenio*: veamos cómo expone él mismo su nueva y peligrosa doctrina: «Ármase, dice, con reglas un silogismo; fórjese pues con ellas un concepto. Mendiga dirección todo arteificio, cuanto más el que consiste en sutileza de ingenio...» «Destínense las artes á estos artificios: que para su composición fueron inventadas, adelantando siempre, facilitando su perfección. Atiende la dialéctica á la conexión de términos, para formar bien un argumento, un silogismo, y la retórica al ornato de palabras, para componer una flor elocuente, que lo es un tropo, una figura.—De aquí se saca con evidencia que el concepto, que la agudeza consiste también en arteificio... Este arteificio conceptuoso [estriba] en una primorosa concordancia, en una correlación armónica entre dos ó tres cognoscibles extremos, expresada por un acto del entendimiento. De suerte que se puede definir el concepto: es un acto del entendimiento que exprime la correspondencia que se halla entre dos objetos. La misma consonancia ó correlación artificiosa exprimida es la sutileza objetiva.»

<sup>1</sup> Discursos I, II y III de la *Agudeza y Arte de ingenio* (Edición de Barcelona, 1757).

Discurriendo así, prosigue, no sin disfrazar su nueva doctrina bajo la balumba de citas, con que intenta autorizarla: «La primera distinción sea entre la agudeza de perspicacia y la de arteificio; y esta es el asunto de nuestra *Arte*. Aquella atiende á dar alcance á las dificultosas verdades, descubriendo la recóndita: esta, mas no cuidando tanto de eso, afecta la hermosura sutil: aquella es más útil; esta deleitable: aquella es todas las artes y ciencias en sus actos y sus hábitos; esta, por recóndita y extraordinaria, no tenía casa fija. Pudiera dividirse la agudeza de arteificio en agudeza de concepto, que consiste más en la sutileza del pensar, que en las palabras. La otra en agudeza verbal, que consiste más en la palabra; de tal modo que si se quita, no queda alma. La tercera en agudeza de acción: que las hay prontas y muy hijas del ingenio... La otra es agudeza de contrariedad ó discordancia entre los mismos extremos del concepto...»

Hechas estas divisiones, añade las subdivisiones siguientes: «Hay agudeza pura, que no contiene más de una especie de concepto, sea proposición ó sea misterio... otra agudeza hay mixta, monstruo del concepto, porque concurren en ella dos y tres modos de sutileza, mezclándose las perfecciones y comunicándose las esencias... Dividiráse adecuadamente en agudeza de arteificio menor y de arteificio mayor, quiero decir, incompleja y compuesta. La incompleja es un acto solo, pero con pluralidad de formalidades y de extremos que terminan el arteificio, que fundan la correlación. La agudeza compuesta consta de muchos actos y partes principales, si bien se unen en la mental y artificiosa trabazón de un discurso. Vuélvese á dividir la agudeza incompleja en sus negocios y modos, y reducece á cuatro, como raíces, fuentes del conceptuar. La primera es de correlación y conveniencia de un término á otro; y aquí entran las proporciones, improporciones, semejanzas, paridades, alusiones, etc. La segunda es de ponderación juiciosa, sutil, y á esta se reducen crisis, paradojas, exageraciones, sentencias, desempeños, etc. La tercera es de ración cinación, y á esta pertenecen los misterios, reparos, ilaciones, pruebas, etc. La cuarta es de invención, y comprende las ficciones, estratagemas, invenciones, en acción y dicho, etc.»

Este laberinto de sutilezas, á que Gracian sujetaba igualmente

la prosa y el verso, constituía su nueva doctrina, inventada para no ser entendida, y para precipitar más pronto en el abismo que se abría á sus plantas la literatura erudita. Los secuaces de Góngora habian desvariado y dado martirio á la frase poética, desnaturalizando la lengua de Cervantes: Gracian, llevando al extremo el delirio de su imaginacion ardiente, no sólo pretendia cano- nizar con su *Arte* aquellos extravios, sino que se proponia tam- bien multiplicarlos, estableciendo peregrina y metafísica enume- racion de agudezas, bastantes á trastornar el más seguro juicio. Tanto puede entre ciertos hombres el afan de ser originales, cuan- do se han cerrado ya los verdaderos horizontes del genio, y tales son las consecuencias de un error aplaudido y santificado!...

Entregada primero á la más completa anarquía, consagrada despues exclusivamente al panegirico, y sancionando y multipli- cando con su egemplo los extravios del ingenio, no solamente fué la crítica del siglo XVII incapaz de producir la historia del arte, sino que desconoció absolutamente el imperio de la razon, y que- brantó á sabiendas todas las leyes del buen gusto. Lo admirable es, segun dejamos ya notado, el contemplar durante la mayor parte de la misma centuria el múltiple movimiento de los estudios históricos, inaugurado al comenzar la XVI.<sup>a</sup> y que por tan dis- tintos caminos contribuía á preparar el estudio y conocimiento de los antiguos tesoros de la literatura española, á despecho de los escritores eruditos, que los olvidaban ó los desconocian. Lo admi- rable es (y lo repetimos con agrado) el contemplar en medio del naufragio comun al docto sevillano don Nicolás Antonio trabajan- do con sobrenatural teson y heróica constancia para acopiar los varios y desemejantes materiales, con que formó sus *Bibliotecas*; monumentos dignos de alabanza, si bien por la misma condicion del tiempo en que se escribieron, no pueden hoy satisfacer las jus- tas exigencias de la crítica.

## V.

Reflejo tan doloroso como verdadero de la córte y monarquía de Carlos II, el Hechizado, carecia la república de las letras de órden y concierto y zozobraba en el más espantoso piélago, cuan-

do con el siglo XVIII vino á ocupar el trono de San Fernando un nieto de Luis XIV. Las costumbres, las artes y las letras iban á experimentar en consecuencia inesperado y considerable cambio. Habian llegado las últimas en la córte de aquel poderoso monar- ca al más alto punto de perfeccion clásica: Corneille, Moliere y Racine tenian levantado el teatro francés de la postracion de los Scudery, Douville y l'Hardy á una esfera hasta entonces descono- cida, si bien no desdeñando (especialmente los dos primeros) la imitacion del teatro de Lope, Calderon y Moreto.

Abrumado bajo el peso de aquel fanatismo que habia escarne- cido la pusilánime credulidad del hijo de Felipe IV, prevaricaba lastimosamente el ingenio español y agotaba estérilmente sus brios, como desvariaban la política y la moral, y se consumian las fuerzas de la nacion entera en vanas empresas y sacrificios, pos- trando al cabo en lecho de muerte al formidable coloso, que habia impuesto con su poder y admirado con su cultura á la civilizada Europa. Cundía el error por todas partes y dominaba en los en- flaquecidos ánimos todo linaje de supersticiones, bastando apenas á restituir á la nacion el sentimiento de su dignidad y de su gran- deza la porfiada lucha que tras las jornadas de Almansa y Villa- viciosa habia puesto en las sienas de Felipe V la corona de Isabel la Católica. Pero en medio de los grandes conflictos de la po- litica exterior, y cuando parecian demandar exclusivamente la atencion del nuevo soberano las imperiosas necesidades del mo- mento, no perdió este de vista que hubieran sido infructuosos to- dos sus esfuerzos para sacar á la nacion entera de la postracion en que yacia, sin despertar primero su inteligencia, restituyén- dola á la esfera de actividad y de vida, de donde la habian lanza- do los errores y desaciertos de los últimos siglos. Era necesario combatir y desvanecer el error bajo multiplicadas relaciones, por- que nada se habia salvado del contagio en la monarquía de Car- los II: las ciencias, las letras y las artes excitaron al par la soli- citud de Felipe V, quien imitando el noble egemplo de su abuelo, creaba en la capital de la monarquía doctas Academias, reprodu- cidas á poco en las provincias <sup>1</sup>, y alentaba con generoso espíritu

<sup>1</sup> Nos referimos á la creacion de las Reales Academias de la Lengua (1713),